

# *China: ¿potencia revolucionaria del siglo XXI?*

*Sergio M. Cesarín*

## **Introducción: el legado de la historia**

Como resultado de la aplicación de la política de reforma económica y apertura al exterior en vigencia desde fines de la década del setenta (*open door policy*), la R.P.China se ha transformado en la primera economía del mundo en desarrollo<sup>1</sup>. Su fortaleza económica, sostenida en la estabilidad política interna y una gestión de la transición desde el socialismo ortodoxo al “capitalismo con características chinas” (“economía socialista de mercado”, de acuerdo con la terminología oficial), ha servido para incrementar su poder e influencia en Asia y el mundo. El acelerado proceso de industrialización posibilitó la cuadruplicación (a precios del año 1980) del PBI en 1995, y si bien las proyecciones de largo plazo señalan la desaceleración del ritmo de crecimiento, las proyecciones son coincidentes respecto de que su economía será una de las más dinámicas del planeta durante las primeras décadas del presente siglo. Al mismo tiempo, la creciente integración económica en la denominada Zona Económica China (ZEC), formada por la R.P.China, Taiwán y Hong Kong, consolidará un espacio geoeconómico que (en términos agregados) representa “el tercer polo de la economía mundial”, dados sus niveles de reservas monetarias, la dinámica de su comercio exterior y el *stock* de inversiones.<sup>2</sup>

A través de las reformas económicas, China ha solucionado durante las dos últimas décadas parte del dilema histórico que durante el siglo XIX la sumergió en la decadencia más severa, conciliando el cambio político (en particular, la desarticulación de la extrema ideología maoísta de lucha de clases como clave de interpretación de la evolución histórica) con las emergentes demandas sociales en un relativo estado de paz externa y estabilidad interior. Estableciendo un patrón de ruptura con la historia política del país, la apertura de China al mundo sentó las bases de la reforma política que el régimen vislumbra como inexorable en el largo plazo.

La modificación cualitativa de la base de poder en el contexto de la transformación de una sociedad agrícola en una urbana, la emergencia de sectores medios urbanos activos que reclaman participación en las decisiones públicas y una burguesía industrial con capacidad de condicionar la orientación del proceso político redefinieron la legitimidad del ejercicio de gobierno y la concentración del poder en un solo partido, imponiendo la lenta evolución del sistema político y social de China hacia un escenario interno pluralista con positiva influencia sobre su política exterior. Desde esta perspectiva, las reformas políticas operan por el simple hecho de que las reformas económicas han quebrado el espacio monopólico del “ejercicio autocrático del poder”.

Los debates teóricos sobre la naturaleza del poder y el comportamiento futuro de China en el orden internacional difieren entre quienes postulan la inexorabilidad de su agresividad externa (Roos and Garnaut), el surgimiento de una potencia militar “revolucionaria”<sup>3</sup> y enfrentada a los Estados Unidos en Asia y en el mundo, y quienes plantean como posible una China democrática en el largo plazo, inserta en el sistema y ajustada a las reglas de un orden estable. Las hipótesis del primer enfoque se sostienen al afirmar que China piensa el orden mundial (desde la centralidad que le otorga su historia y civilización) en términos de “equilibrio de poder”, enfatizando la necesidad de analizar su comportamiento como potencia en ascenso y los recursos de poder de los que dispondrá para operar en la formación de un nuevo orden, adaptándolo a sus intereses políticos, económicos y estratégico-militares. A tal fin – argumentan - el incremento de sus recursos de poder le posibilitará ampliar sus espacios de influencia en Asia y consolidar su posición como un “polo de poder” mundial con los Estados Unidos y Europa.

Actualmente, el nivel de influencia que China ejerce en el marco de los conflictos internacionales es relevante<sup>4</sup>, adquiriendo renovado protagonismo como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU); atributos y capacidades que se acrecentarán en tanto el acelerado proceso de desarrollo económico se mantenga. En Asia, el comportamiento que China observe en el mediano y largo plazo será definitorio de un orden intrarregional de relaciones pacífico y estable o sometido a permanentes tensiones y conflictos. La “recreación de un espacio de poder considerado como propio” en la región se encuentra entre los principales objetivos de la diplomacia china en el largo plazo, aun cuando esto implique subsumir la voluntad del Japón (y mantenerlo como un poder de “segundo orden”), así como la de otros Estados de la región en particular los del Sudeste de Asia.<sup>5</sup>

En consecuencia, los interrogantes planteados son múltiples y complejos. Los enfoques que enmarcan los debates responden en general a las vertientes teóricas tradicionales del “realismo” e “idealismo”, en algunos casos resaltando la necesidad de focalizar el estudio de China en su comportamiento externo y las realidades bajo las cuales este se manifiesta. En tal sentido, la proliferación de armas, la modernización de sus fuerzas armadas y la postura que mantiene frente a Taiwán definen un campo de potencial agresividad que subsume los avances logrados en el campo de su adhesión a los regímenes internacionales – vistos desde el enfoque liberal-institucional - en materia financiera, comercial, tecnológica y de seguridad, e incluso, ante la evidente mejora en la situación de la sociedad china volcada al consumo y el goce de libertad económica como no fuera visto desde un siglo atrás.

## **2. El intento final: las reformas económicas en perspectiva histórica**

La historia de los intentos de reforma del sistema económico y político en China es rica en diversidad y perspectivas como en acontecimientos que culminaron en



fracaso. La indudable percepción del Imperio sobre las carencias del sistema político, el agotamiento del sistema de relaciones feudales arraigado en la sociedad china del siglo XIX, la distancia que separaba al Reino del Centro de las conquistas económicas de las nacientes potencias imperiales y las sucesivas derrotas sufridas ante las poderosas escuadras británicas, alemanas, francesas, belgas, etc. despegaron la urgencia de promover reformas del sistema político, las que, a pesar de los movimientos intelectuales y políticos que las apoyaron, se enfrentaron con la oposición de los gobernantes manchúes, quienes advertían en los proyectos de cambio directas amenazas al ejercicio de su dominio autocrático. De esta forma, las sucesivas revoluciones de la era Qing (1644-1911) fueron un epifenómeno de las fuerzas sociales en pugna y del conflicto entre visiones reformista-progresistas y sectores ortodoxos ligados a la casa reinante.

Desde mediados del siglo XIX, se abre un período de revueltas e intentos revolucionarios que fueron sucesivamente acallados por el ejército nacional o bien mediante la formación de alianzas con las potencias de ocupación. La Revolución del Reino Celestial de los Taiping (1854-1863), la crisis producto del fracaso de las Reformas de los Cien Días (1898) y la rebelión Boxer, entre otras, generaron espasmódicas reacciones del Imperio que no generaron sino medidas paliativas del estado de situación creado pero que no alcanzaban a solucionar el dilema real: el cambio en las condiciones sociales no se reflejaba en el diseño político-institucional de una China que perdía su sentido de "Imperio del Centro". Se agregan a este escenario las pérdidas en el campo militar. Las derrotas sufridas frente a Francia (Guerra de Annan 1884-85) y sobre todo Japón (Guerra Sino-japonesa, 1894-95) pusieron en evidencia lo infructuosos que habían sido los intentos de diversos movimientos de reforma. Los reveses militares y diplomáticos habían destruido el sentido de autoestima nacional marcando el deterioro irreversible del sistema dinástico tradicional; la crisis y la humillación generaron la ineludible conclusión de que China debía realizar grandes cambios y resultaron determinantes en el posterior surgimiento de una conciencia social en la cual el país fuera percibido como una "entidad nacional" precursora del "nacionalismo moderno reformista", cuyo éxito más notable fue la fundación de la República en 1911.

Históricamente las conclusiones extraídas fueron variadas. Inspirados en el Japón Meiji, los reformadores chinos (Kang You Wei, Liang Qichao, Sun Yat Sen) advertían que imitar a las potencias industriales y adoptar esquemáticamente sus avances técnicos no bastaba para lograr la recuperación china, sino que eran necesarias reformas sociales y culturales más profundas. Los círculos conservadores, en cambio, atribuyeron las derrotas precisamente, no a la aplicación insuficiente de las reformas, sino a las tentativas de reforma misma. Fairbank expresa al respecto que: *«la falacia de una occidentalización a medias - en los instrumentos, pero no en los valores- fue reconocida por muchos eruditos conservadores, quienes optaron*

*por oponerse a todo lo occidental*».<sup>6</sup> Fue esta oposición conservadora la que provocó la revocación de todas las medidas tomadas – por ejemplo, durante los breves «Cien Días» que duraron las reformas en 1898, orientadas por una actitud de revisión y reinterpretación del pasado sin renegar del Confucianismo (doctrina oficial del Imperio)-; aspiraba a que las reformas fueran legitimadas por la autoridad de la tradición. Las sucesivas fallas demostraban que las mismas adolecieron de similares defectos y que se requerían modificaciones estructurales para proteger la «esencia» del país de la destrucción a manos de potencias hostiles. La paradoja radicaba en que la reforma estructural no se podía llevar a cabo sin alterar esa esencia.

La recreación de un escenario similar casi un siglo después y el comienzo de una etapa de reformas económicas y apertura recorren en gran medida la línea trazada por estos acontecimientos que marcaron la lógica de la evolución histórica de China en el siglo XIX. Conscientes los líderes chinos sobre la necesidad de superar la permanente puja entre reformadores –aperturistas y la línea ideológica-ortodoxa del Partido Comunista Chino (PCCh)- establecieron el principio de cambio una vez consolidado el ascenso de nuevos dirigentes en la China post Mao abriendo paso a la actual etapa de sistémica transformación del país. En síntesis, las reformas son una gran “asignatura pendiente” para China, que señalan un corte o discontinuidad histórica con pasados procesos en los que la convergencia entre inestabilidad interna y agresión externa evitaron el surgimiento y consolidación del país como un moderno Estado, gobernado por una élite ilustrada, cuya tradición política y poder relativo político, económico y cultural amenazaba la supremacía del Japón y las emergentes potencias imperiales en Asia.

### **3. El contexto político: modernización sin “modernidad”**

A comienzos de la década del setenta, después de una profunda autocrítica del Partido Comunista Chino (PCCh), encabezada por Deng Xiaoping, sobre los errores de la llamada «Revolución Cultural», se planteó una nueva etapa que marcaba el quiebre de la orientación ortodoxa de la revolución comunista, dando inicio a una transición de poco más de una década tendiente a reposicionar a China entre los grandes poderes planetarios. La postura y el perfil ideológico de la nueva generación de líderes se inclinaban hacia la necesidad de acelerar el cierre de la brecha tecnológica y económica que separaba a China de Occidente, para lo cual la nueva dirigencia debía renovar sus cuadros relegando a los “octogenarios camaradas” a posiciones de menor injerencia en los asuntos del Estado o bien al retiro.

Fue necesaria la recreación de un orden de consenso político, eficientemente ejecutado por Deng Xiaoping, luego de un período de fuertes convulsiones políticas internas, a fin de encauzar el camino hacia la aplicación definitiva de la estratégica política de las Cuatro Modernizaciones.<sup>7</sup> Para la “Nueva China” eran ahora necesarios jóvenes profesionales y tecnócratas alejados de los determinantes ideológicos puros



y/o sesgados hacia una interpretación tradicional de la dialéctica de conflicto social: el desarrollo económico y la gradual aplicación de los principios de la economía de mercado orientarían la transformación de la economía nacional desde el estado de colectivización forzada de la producción hacia formas abiertas de gestión del crecimiento económico. El proceso abierto, consideraba además, que dicha nueva clase dirigente y de administradores generaría simpatías hacia el mercado, el comportamiento político evolucionaría hacia formas menos rígidas y serían sus administradores atentos observadores de los modelos occidentales de gestión económico-social. El acelerado proceso de desarrollo económico chino y las relaciones más estables con los países asiáticos y el mundo, junto con la disminución de los tradicionales eslóganes ideológicos y nacionalistas sustentarían el avance de una "tercera generación" de líderes que, con posterioridad, serviría para desplazar más rápidamente el centro de gravedad hacia una "cuarta generación" abierta a nuevas ideas y, probablemente, responsable de ejecutar la pendiente "quinta modernización", es decir, la orientada a correlacionar economía de mercado con democracia.

El tradicional ejercicio del poder autocrático se modificó, evolucionando hacia un modelo de "totalitarismo asiático" (*soft authoritarianism*) y un tipo de "autoritarismo paternalista benévolo", propio de la cultura política de raíz confuciana. La sociedad china asistió al mejoramiento en el nivel de su calidad de vida, la promoción de la libre expresión de ideas (la consigna fue "emancipar la mente"), la elección de oportunidades de educación, mayores opciones laborales, e incluso el participar en elecciones competitivas locales (aunque no nacionales). Se generalizaron los desplazamientos internos producto de la migración campo-ciudad y miles de jóvenes fueron enviados a estudiar al exterior (Estados Unidos y Europa, en especial). Es decir, dio comienzo un fantástico proceso de movilidad social horizontal y vertical hasta 1978, acotado por la rigidez ideológica impuesta por el Maoísmo. La China de Deng y la posterior a él aspirarían a continuar en esta dirección. Para los Estados Unidos el cambio provocado por y en China tendría un indudable impacto sobre la ecuación estratégica global, confirmando la certeza de la percepción del *tandem* Nixon-Kissinger respecto del futuro rol que China desempeñaría en el sistema internacional.

Desde una perspectiva histórica regional, el modelo chino de reformas poseía pautas referenciales sobre las cuales basar la solidez del rumbo asumido. De forma similar a la estrategia aplicada en otros países asiáticos, los planificadores chinos observaron cómo veinte años atrás Corea del Sur - con el Gral. Park Chung Hee - demostraba que el caos y la polarización ideológica que lo habían precedido habían cedido paso a un consenso nacional que, a pesar de las complejas luchas internas, brindó coherencia a la dirección económica y la política exterior. Similar escenario era verificable en Taiwán después de la muerte de Chiang Kai Shek, en Singapur

luego de Lee Kwan Yew, y en Tailandia con posterioridad a Prem Tinsulanonda. Las razones para la continuidad en Corea estaban a la vista: la población había pasado etapas de hambrunas por generaciones, sus líderes habían sufrido humillaciones, y el país, la ocupación extranjera, pero habían encontrado una combinación acertada entre autoritarismo y desarrollo con economía de mercado orientada a la exportación, con la cual – gradualmente - fue posible recuperar el orgullo y la identidad internacional del país. Excepto en el caso del Hong Kong colonial, las naciones asiáticas habían implementado reformas ligadas al principio de conducción de un “gran líder carismático”, para luego ser sostenidas crecientemente por el consenso de las respectivas sociedades en el marco de procesos abiertos de participación social, producto del gradual relajamiento del control político por parte de gobiernos autocráticos. En consecuencia, también en China el desarrollo económico - se expresaba - conduciría eventualmente a la apertura política.

Existía, en los determinantes sobre la urgencia del proceso de reforma y apertura, un amplio acuerdo respecto de cuáles políticas eran consideradas cruciales para mejorar la calidad de vida de la sociedad. En particular, a partir de mediados de la década del ochenta, la discusión en el seno de la élite gobernante señalaba el giro que la misma había producido en relación con una década atrás: ya no se discutía la pertinencia o no de las reformas sino qué velocidad les sería impuesta a fin de ganar el tiempo histórico perdido a lo largo de incontadas luchas internas. Pocas voces argumentaban la vigencia de un modelo de colectivización productiva (cuyo modelo paradigmático fueron las “granjas colectivas agrícolas”), cerrar la economía al mundo, o - como hiciera la Unión Soviética - subsidiar sin límite la escasa performance de las empresas estatales incapaces de adaptar su funcionamiento a los determinantes de la competencia económica global, reconociendo la necesidad de conducir a China a través de la modernización económica como instrumento para sortear el desafío estratégico futuro. A pesar de la manifiesta voluntad del liderazgo reformista, sectores conservadores del PCCh abogaban por desacelerar las reformas preocupados por la estabilidad social. A fines de la década del ochenta la situación interna les dio la razón, ya que los sucesos de la Plaza de Tiananmen causaron una profunda ruptura en el proceso sincrónico de reformas políticas y económicas: a partir de ese momento, el resurgimiento del ala conservadora del PCCh impuso su lógica de cambio reconstituyendo los controles políticos que el Estado había cedido, en parte, a la sociedad.

La política exterior y su desideologización pasaron a formar parte como variable dependiente de la política económica asumiendo rasgos orientados a eliminar todo “sesgo revolucionario” externo por parte de China. Deng aspiraba a localizar los recursos de poder en la construcción económica definiendo como *a priori* relaciones relativamente amistosas con Japón, Estados Unidos, Rusia, países no comunistas del Sudeste Asiático, Corea del Sur, Taiwán, Vietnam e India. En tal sentido, cesó el



apoyo brindado por China a los movimientos insurgentes en África y América Latina y el Sudeste de Asia al mismo tiempo que en 1979 – como consecuencia de la fallida represalia contra Vietnam – el presupuesto de defensa se redujo desde el 10% al 3% del PBI.

La política adoptada hacia Hong Kong también se ajustó en función de la prioridad que China asignó al desarrollo económico. A pesar de su terminante rechazo al colonialismo desde la fundación de la República Popular en 1949, los líderes mantenían una política de protección y nutrición de las abiertas instituciones hongkonesas. Un Hong Kong en crecimiento, sin dudas, sería un instrumento útil a la expansión de la riqueza nacional. El consenso sobre preservar el sistema hongkonés con propósitos económicos era paralelo a un similar acuerdo sobre el ejercicio de plena soberanía por parte de China, una vez finalizado el período de “arriendo forzoso” de los Nuevos Territorios por parte de Gran Bretaña en 1997.

A partir de comienzos de la década del noventa resurge en China la discusión sobre los límites de las reformas económicas enfrentadas a la rigidez del sistema político. La reacción del PCCh evidenció estos temores, en particular percibidos como una construcción política agresiva, cuyo centro eran los Estados Unidos, mediante la construcción de una imagen sobre los efectos negativos y disruptores del orden social interno en base a la denominada política de “evolución pacífica”, entendiendo como tal las presiones para que China iniciara un proceso de reformas democráticas. Sin embargo, la prevalencia del ala conservadora del Partido por sobre la liberal y su reafirmación a partir de 1992 recalcan el imperativo de sostener el orden político sobre la garantía del sistema de partido único y acotar el disenso interno, mientras llevaban a cabo reformas difíciles y dolorosas que afectaban intereses de grupos, como las aplicadas en las empresas del Estado. Las discusiones dividían los intereses entre quienes abrazaban la ideología marxista para relegitimar el rol dirigencial y hegemónico del Partido y un espectro de opiniones contrarias que priorizaba la necesidad de optar por un nuevo “sistema ideológico”, que recuperara la legitimidad perdida por la dirigencia como resultado de la percepción social sobre los altos niveles de corrupción, la incapacidad de asumir un nuevo estadio de reformas, la carencia de iniciativas de apertura política y el ejercicio sistemático de control de los medios de prensa en el contexto de una sociedad “más internacionalizada” y abierta luego de dos décadas de aplicación de la política de puertas abiertas.

#### **4. La transformación económica**

Gracias a la apertura iniciada en 1979, China es hoy una de las principales potencias económicas mundiales. El aumento en los niveles de consumo interno, el fuerte ingreso de inversiones externas y, particularmente, el incremento de la competitividad de los bienes transables internacionalmente, basados en los reducidos

costos laborales, posibilitaron el sostenimiento de altas tasas de crecimiento del PBI durante los últimos quince años: 9,2% promedio anual hasta 1998. Desde un primer momento, el modelo privilegió el comercio exterior como instrumento para captar inversiones, exponer a China a las corrientes internacionales de intercambio y favorecer la incorporación de *know how* productivo, tecnológico y *management*, confiando en las ventajas competitivas con que contaba la industria nacional y la disponibilidad casi ilimitada de materias primas e insumos básicos, además de una privilegiada cercanía de las provincias costeras con algunos de los mercados asiáticos más dinámicos como Corea, Japón y Hong Kong.

En la primera etapa de las reformas (1979 - 1984) el salto productivo fue notable. La descolectivización acelerada de la agricultura, la introducción de técnicas de gerenciamiento empresarial desligadas de las funciones de control y supervisión y la expansión de la base industrial como resultado de la puesta en funcionamiento de las industrias, que permanecieron "ociosas" durante la Revolución Cultural, generaron una dinámica sostenida en el crecimiento "extensivo" de la economía. El regreso a la situación *ex ante* de 1966 reflejaba la inmediatez y urgencia que el poder político tenía por recuperar los niveles de crecimiento económico y no perder el tren de la modernización tecno-industrial, destinada a cerrar la brecha abierta respecto de las economías más desarrolladas.

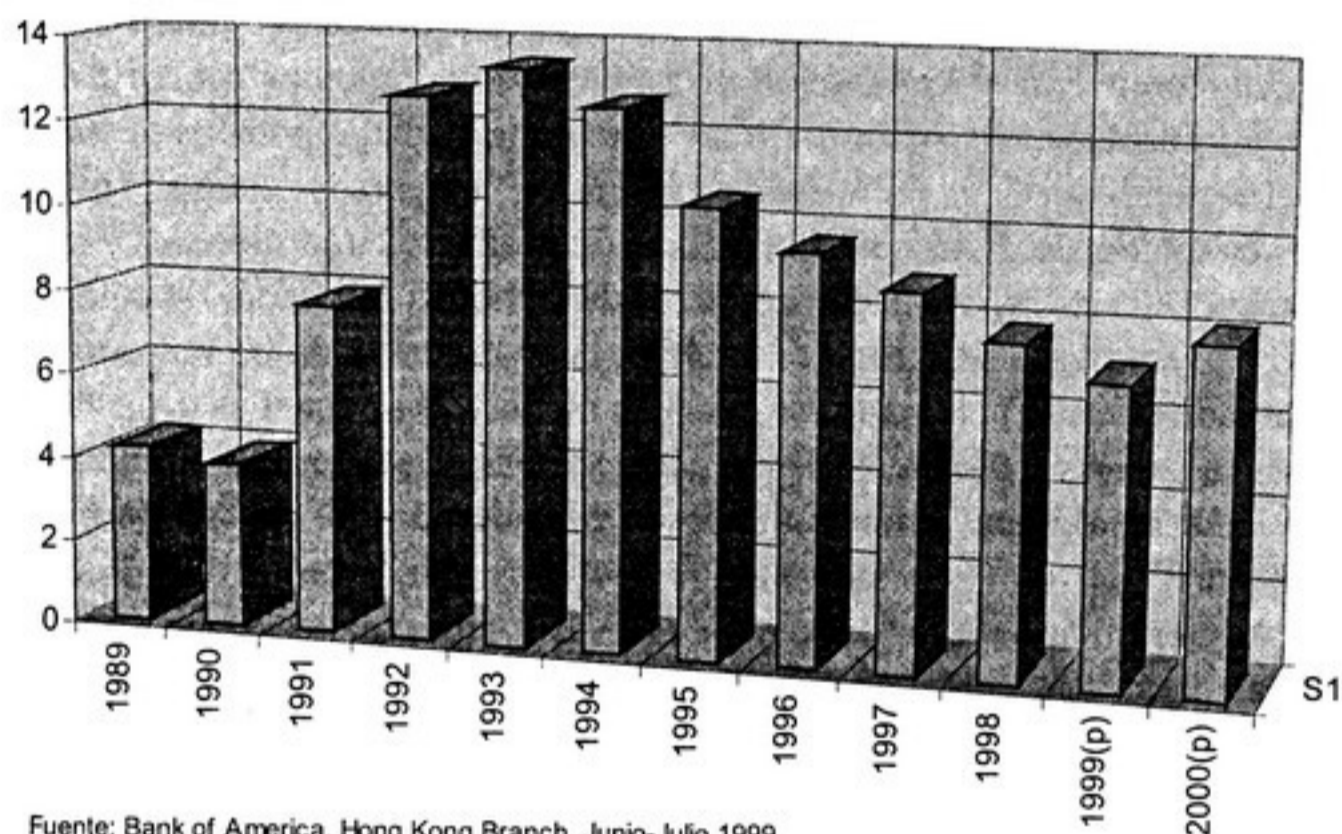
Durante la segunda fase de las reformas económicas (1985-1990), la apertura de las Zonas Económicas Especiales (ZEE), los flujos de inversión externa crecientes, la modificación del tejido industrial estatal y la aceptada inclusión de novedosas formas de capital corporativo basado en *joint ventures* y empresas de capital extranjero, la incorporación de nuevos espacios de mercado interno e internacional obligaron a repensar la dinámica del sector industrial y su patrón de articulación con el sector externo. Como consecuencia del dinamismo experimentado por la economía china, el incremento de la productividad laboral fue del 6% promedio anual entre 1980 y 1990. La adopción de técnicas empresariales contables y estadísticas de uso internacional, la sistematización de la estructura de costos internos, la introducción de mecanismos de "competencia" interempresarial y el contacto de las "nacientes empresas nacionales chinas" con sus pares del exterior redefinieron el escenario económico, incorporando criterios sobre productividad y competitividad y operando el desplazamiento de recursos fiscales desde las industrias "mano de obra intensivas" hacia las "capital-intensivas", como respuesta a la detección de oportunidades en el mercado internacional.

Los resultados de las medidas adoptadas mostraron la certeza de la estrategia diseñada. Como consecuencia de la convergencia de factores tales como el *boom* de consumo interno que lideró el incremento de los niveles de producción en las industrias livianas, la incorporación de segmentos poblacionales antes postergados al "mercado" y el ensanchamiento de oportunidades en los mercados mundiales,



resultó que el nivel de participación del comercio exterior en la generación de la riqueza nacional se incrementara rápidamente transformándose (en un período de quince años) en uno de los factores dinámicos del crecimiento acelerado del PBI. Aun en este contexto, la expansión de los niveles de consumo interno y el mercado doméstico contribuyeron con el 75% del crecimiento económico de China para el período considerado.

Evolución del PBI de la R.P.China 1989 - 2000.



Fuente: Bank of America, Hong Kong Branch, Junio-Julio 1999.  
(p) Proyecciones.

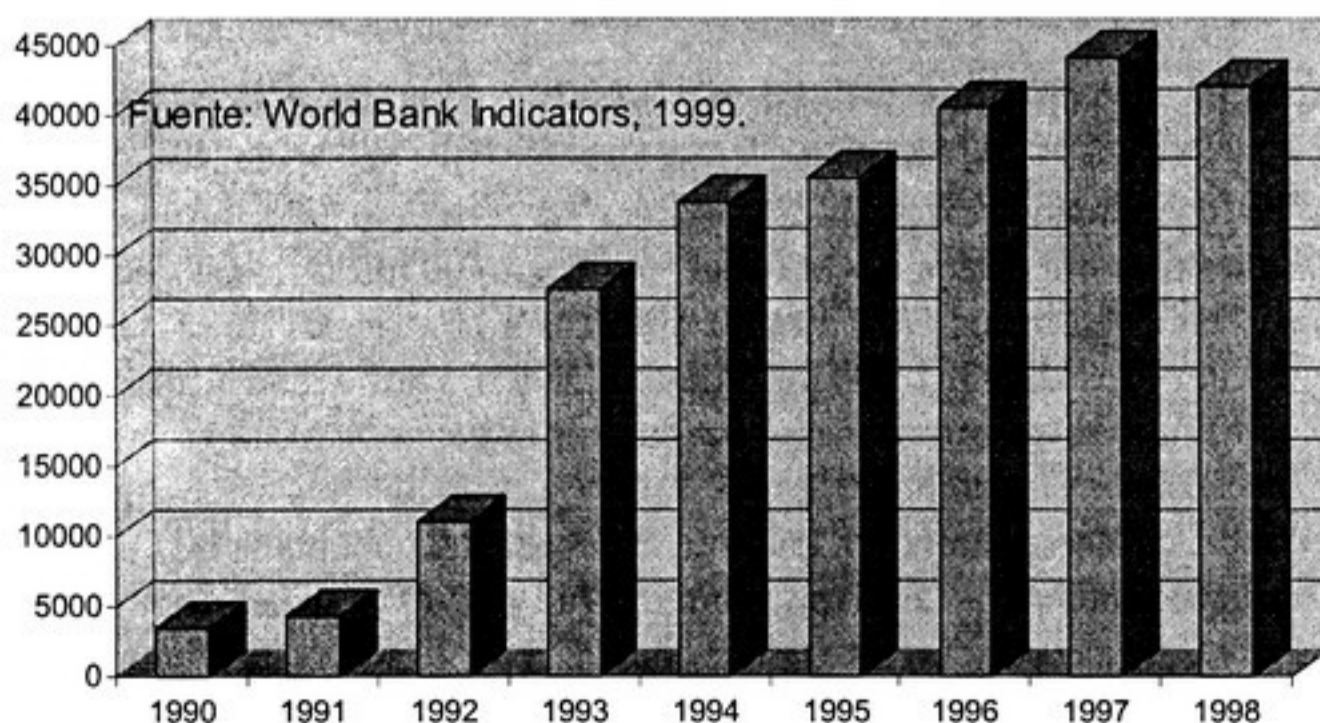
La adopción de la política de "outward looking", a similitud de las economías asiáticas más desarrolladas, fue producto del atractivo que generaba la rentabilidad potencial de los mercados externos. El volumen de comercio exterior que en 1953 (exportaciones más importaciones) se situó en US\$ 2.400 millones (es decir US\$ 4 *per cápita*) creció hasta los US\$ 50.000 millones a comienzos de la década del ochenta y alcanzó los US\$ 361.000 millones en 1999. En dos décadas transcurridas de implementación de las reformas económicas, los intercambios comerciales con el exterior crecieron a un promedio anual del 16%, más de tres veces la tasa de crecimiento del comercio mundial. Durante la década del ochenta la tasa promedio anual de crecimiento para las exportaciones fue del 17% y del 15% para las importaciones y para el período 1990 - 1997 del 12,5% y 11,6% respectivamente. La devolución de amplias áreas de autoridad económica a las provincias quebró el

estrangulamiento de la burocracia central sobre la economía y creó una aproximación creativa, competitiva y orientada al eficiente gerenciamiento económico.

Ambos, la reforma económica y la política de puertas abiertas aplicada desde 1979 - en particular la segunda- sirvieron para promover la eficiencia global de la economía por medio de la importación de tecnologías. Este proceso determinó claras ganancias de productividad y el incremento de la participación del sector industrial en el crecimiento de la economía desde el 41% en el período 1979-1983 al 59% entre 1987 y 1998. En ambos periodos, se observó que la participación en el valor agregado industrial de las empresas estatales disminuía, en tanto la riqueza generada por las empresas extranjeras, individuales - privadas y las de tipo colectivo aumentaba.

A partir de comienzos de la década del noventa se producen cambios a nivel industrial y comercial. La optimización de las nuevas tecnologías difundidas, la calificación adquirida por la mano de obra que había ya superado los “estadios iniciales del aprendizaje”, el impulso comercial de “empresas testigo” (grupos económicos en manos del Estado) exportadoras de productos tradicionales y mano de obra intensivas (textiles, juguetes, productos de la industria liviana), la creciente participación de empresas de capital extranjero, la emergencia de las empresas de cantón y poblado (locales) en áreas rurales y en su mayoría pequeñas y medianas industrias, volcadas a las actividades comerciales externas, y la autorización extendida para operar comercialmente a nuevos actores considerados hasta ese momento “extrasistémicos” (*tradings* y compañías comercializadoras provinciales y municipales) determinaron la modificación de la estructura de las exportaciones e importaciones como consecuencia del *upgrading* del sector industrial ubicando a China como la décima potencia comercial del mundo.

### Inversión Extranjera Directa en China





La adopción de una estrategia de desarrollo focalizada en la ciudad de Shanghai, con el objeto de quitar protagonismo al eje Guangdong-Hong Kong, evidenció el cambio en las prioridades políticas internas así como el deseo de extender al *hinterland* del Río Yangtse los beneficios del dinamismo económico de la zona costera. La consolidación de una matriz de interdependencia en la Zona Económica China (ZEC) fortaleció las capacidades relativas de la economía nacional e incrementó internacionalmente la percepción sobre su inexorable destino como potencia económica y político-militar en el siglo XXI. La recuperación de Hong Kong en 1997 y de Macao en 1999 fortaleció la posición diplomática de China y su reclamo de reunificación respecto de Taiwán.<sup>1</sup>

#### Indicadores económicos en la ZEC.

		GDP INFLACION					
		1997	1998	1999	2000(f)	1997	
<b>1998</b>	<b>1999</b>						
<b>PRC</b>		8.8	7.8	7.0	8.0	2.8	-
0.8	0.5						
<b>Hong Kong</b>		5.3	-5.1	0.3	2.0	5.8	
2.9	0.0						
<b>Taiwán</b>		6.8	4.8	4.8	5.0	0.9	
1.7	2.0						

(f): *Proyecciones.*

**Fuente:** *Asian Financial Outlook, January 2000, Bank of America. Hong Kong.*

El proceso de inserción internacional de China no fue ajeno a la aplicación de políticas de “diversificación del riesgo económico y promoción de exportaciones en los mercados asiáticos (de hecho el 75% del comercio exterior de China tiene como destinatarios y oferentes a las economías del *Asia Pacific Economic Cooperation*, APEC). El énfasis promocional de los bienes de bajo costo intentó ganar mercados considerados “no tradicionales” para los empresarios chinos como los de América Latina, Africa (donde China posee una red de vinculaciones económicas desarrollada fundada en históricos lazos), Europa Oriental, Oriente Medio y los emergentes en Asia Central luego de la desintegración de la Unión Soviética, al mismo tiempo que China se convertía en uno de los principales exportadores de tecnologías, bienes de alto valor agregado y software del mundo, demostrando la consolidación de su transformación económica volcada ahora hacia las industrias de alta tecnología y, en menor medida, a la producción masiva. La importancia del mercado estadounidense para China se evidenció en la expansión de los flujos bilaterales de

intercambio, a pesar de los periódicos conflictos existentes en materia comercial y política.

En particular, durante el último quinquenio, se consolida en la agenda de reformas pendientes la necesidad de adoptar iniciativas tendientes a profundizar la apertura del sector financiero al capital extranjero, la desregulación de la actividad bancaria y de seguros, las rebajas arancelarias a los efectos de tornar compatibles los niveles de protección comercial a los determinantes del ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC), junto con la urgencia por reformar la burocracia gubernamental y someter a reconversión las deficitarias empresas estatales. Asimismo, la crisis económica asiática de 1997 obligó a redefinir el escenario económico en función de la caída en los niveles de actividad interna y de demanda externa traducidos en desaceleración del crecimiento (7% para 1999).

La vigencia del sistema de “administración guiada” de la economía, en parte, es reflejo de la preponderancia que dentro del sistema político poseen todavía los grupos más conservadores, los que ven en el proceso acelerado de cambio serios riesgos a la estabilidad interna que reflatan las imágenes de 1989. En gran medida, la recreación de las pujas entre reformistas-liberales y conservadores se percibe en la ciclicidad de la política económica de China durante los últimos cinco años. Desde esta perspectiva, los desafíos cruciales en el mediano plazo no plantean escenarios negativos, pero sí resaltan como prioritarias medidas de política económica tendientes a: I) regular la aplicación de cíclicas políticas de aceleración-desaceleración (*stop and go*) de la actividad económica interna, II) imponer restricciones crediticias en función de la política de control de precios y desbalance fiscal en el marco de ajustes de *soft landing*, III) la parcial eliminación de regímenes promocionales otorgados a los *joint ventures* y empresas extranjeras establecidos en las ZEE, IV) afrontar la definitiva reforma de las deficitarias empresas estatales, V) generar una “red de seguridad social” como paliativo para millones de desocupados expulsados del sector estatal de la economía, VI) en el marco de un “piso de crecimiento” económico del 7%, establecer las bases para la generación anual de – al menos – dieciocho millones nuevos puestos de trabajo que permitan disminuir los riesgos de potencial desestabilización social ante el incremento de los niveles de desempleo, VII) atenuar por mecanismos redistributivos las disparidades de ingreso existentes entre las provincias este-costeras y las del centro-oeste del país pobres y cuya población registra los más bajos niveles de ingreso.

La sociedad china ha ido evolucionando desde una rígida jerarquía y autoridad centrada en un individuo, posiciones burocráticas otorgadas en función de la lealtad partidaria, e incentivos basados en atributos de parentesco, hacia un sistema con una mayor delegación de autoridad, consideración por la pericia y habilidad, incentivos basados predominantemente en el mercado y un sistema que - en niveles inferiores – legitima la autoridad política apoyada en el sustento popular. No exenta



de incertidumbre, en el mediano y largo plazo, China enfrenta un período de consolidación de las reformas y nuevos desafíos en la gestión del orden político y social internos, en tanto emerge como poder con indudable capacidad de alterar o sostener el orden regional e internacional en el siglo XXI.

## 5. Las imágenes del futuro y los nuevos desafíos

### 5.1 *El escenario implosivo*

A partir del fin de la Guerra Fría, la mayoría de los chinos había aceptado - como los surcoreanos y taiwaneses - dos décadas atrás - el acierto de priorizar el desarrollo económico por sobre la liberalización política que devendría en el largo plazo.<sup>2</sup> A menos que los líderes dejaran de conceder mejores estándares de vida, el consenso respecto de la “oportunidad histórica” que el partido gobernante otorgaba a la sociedad fomentando el desarrollo económico y el enriquecimiento personal probablemente persistiría por generaciones, previendo que en una etapa posterior surgida una burguesía nacional-industrial y una clase media producto de décadas de transformación económica – de manera similar a los modelos de Corea del Sur y Taiwán -, las aspiraciones políticas cambiarían mutando el paradigma del desarrollo económico por el de modernización política como prioritario.

Desde esta perspectiva, entre las principales preocupaciones de Occidente pero en particular de los líderes chinos, surgía la posibilidad de que el país se desintegrara como consecuencia de vectores combinados de cambio como el rígido control político *vis a vis*, la mayor libertad económica, la ganancia de poder relativo por parte de las provincias económicamente más poderosas (en particular Guangdong, Zhejiang y Fujian) con mayor influencia política en el Gobierno Central y en capacidad de enfrentar o condicionar las decisiones percibidas como contrarias a sus intereses, la incertidumbre derivada de un proceso de cambio de liderazgo desde el “unipersonalismo” hacia un sistema colegiado, y la primacía de las fuerzas centrífugas de ruptura - en una China que se tornaba más inequitativa - por sobre las fuerzas de integración política. La presunción se basaba en que, así como la URSS fue considerada un extenso imperio comunista y se desintegró, sería posible la traslación del modelo implosivo a China.

Los críticos de este enfoque, por el contrario, afirmaban que la analogía con la ex URSS no era apropiada frente a un Estado como el soviético de construcción artificial e históricamente reciente. La continuidad histórica de China – sea como Imperio o República – se verificaba desde veintitrés siglos antes, y si bien atravesó numerosos períodos de crisis internas, la estabilidad en función de un rígido control centralizado del poder se ha mantenido. Asimismo, mientras en la antigua URSS el componente de homogeneidad otorgado por la presencia de población mayoritariamente “rusa” representaba menos de la mitad del conjunto, en China el 93% de su población pertenece a la etnia Han y, en menor medida, a minorías étnicas con escasa capacidad

de generar movimientos secesionistas exitosos.

Aun así, la especulación sobre la posible desintegración de China era una herramienta político-estratégica clave para los dirigentes chinos utilizada para relegitimar el rol de “administradores del cambio” y, por ende, asegurar su pervivencia en el poder. El interrogante formulado a Occidente era básico: si el sistema internacional y, más aún los Estados Unidos, no habían comprendido el impacto producido por la desaparición de la URSS, ¿podían creer pertinente arrastar a China hacia similar proceso, contemplando la amenaza potencial que no sólo para el sistema internacional esto traería aparejado sino, fundamentalmente, los efectos catastróficos que sobre la estabilidad regional significaría? ¿Evaluaría Occidente correctamente las consecuencias que el estallido de China provocaría, y los millones de refugiados que produciría con el consiguiente impacto sobre el resto de los pequeños países de la región? Bajo esta perspectiva apocalíptica, en parte los Estados Unidos luego, definieron su estrategia de *engagement*, es decir –pragmáticamente asumieron– que sería beneficioso para el orden internacional y concordante con sus intereses estratégicos, mantener a China unida y tratar de orientar sus cambios hacia una economía y sociedad más abiertas para evitar la caída del sistema.

En adición al planteo sobre una potencial desintegración regional, la analogía soviética describía a la economía china en crisis, asediada por una fuerte inflación y empresas estatales obsoletas. Sin embargo, las decisiones adoptadas crearon un patrón diferente. A fines de 1993, el liderazgo político alcanzó acuerdos respecto de las grandes olas de reformas económicas desde el comienzo de la era Deng y lanzó otras complementarias dirigidas a unificar la paridad monetaria, introducir mejoras al sistema impositivo, fortalecer la autoridad regulatoria de Estado e introducir un conjunto de leyes que mejoraran la performance de las corporaciones junto a la introducción de regulaciones que protegieran los derechos de propiedad. Esta ola de reformas produjo resultados positivos mensurables. Desde principios de 1994, la moneda unificada se fortaleció a pesar de la alta inflación doméstica, mientras el crecimiento económico ha permanecido entre los más altos del mundo.

A pesar del contexto descripto, el consenso alcanzado no implicaba la finalización de las luchas por el poder. Deng intentó prevenir las luchas internas dándole a la futura dirigencia mayor capacidad de control sobre los resortes del poder: la burocracia partidaria y el Ejército. La centralización de dichos roles en un solo dirigente no era un signo de confianza, sino más bien un intento de crear una fortaleza política ante los posibles riesgos de amenaza a la hegemonía del Partido que sí, luego de la desintegración de la URSS, tomó conciencia sobre el fracaso del otrora “modelo revolucionario comunista”, la incapacidad de los tecnócratas rusos en la gestión de la *perestroika* y, en particular, de que el poder estadounidense una vez derrotado el “imperio del mal” podría volverse contra China en la búsqueda de una nueva “figura del enemigo”.



Si la hipótesis sobre la primacía de las fuerzas centrífugas políticas no era significativa, sí lo era la tesis relativa a que la tensión entre la costa dinámica y el interior retrasado dividiría a China considerando – los más extremistas – que “afirmación provincial”, implicaba “desintegración nacional”. Muchas provincias interiores pobres crecen más lentamente que las provincias costeras sometidas a un menú de incentivos económicos y depositarias del mayor porcentaje de recursos de inversión públicos durante la década del ochenta y noventa. Sin embargo, a partir de comienzos de la pasada década, diversas medidas de promoción del desarrollo regional han tendido a reducir las disparidades y contener los conflictos. Luego de un período de fuerte centralización político-burocrática, el inicio de un proceso de descentralización era necesario. Además, las reformas de mercado reducían *per se* el control del gobierno sobre determinadas decisiones que quedaron en manos de los poderes provinciales o gobiernos locales. Quienes predecían la desintegración nacional, afirmando que el Estado controlaba menos de la mitad de la economía y sólo proveía un monto de inversiones que se contraía, en realidad confirmaban la dramática evidencia no de un régimen que fracasaba – o que si bien no operaba correctamente podía ser cambiado - sino del éxito del gobierno central en generar un escenario de crecimiento orientado básicamente por las fuerzas del mercado. Una vez que las provincias individualmente controlaron más recursos de capital, la facultad de la autoridad central para controlar a los dirigentes locales fue puesta en duda.

La corrupción y la “desilusión ideológica” amenazaban la capacidad de control del Gobierno central para dirigir los asuntos locales. No obstante, el consenso logrado a comienzos de los noventa entre el gobierno central y las provincias respecto a la división de los ingresos impositivos, la facultad del Banco Central de controlar la emisión de dinero luego de tres sucesivos ciclos de inflación y el poder del gobierno en búsqueda de eliminar la posible deslealtad militar al régimen, evidenciaba que los instrumentos vitales de poder permanecían intactos bajo control de Beijing. A partir de la década pasada, fue evidente que el Gobierno Central retomó parte de la incumbencia cedida a los poderes provinciales y reforzó el control de seguridad ante el surgimiento de movimientos separatistas en la región noroeste del país (*Xingjiang*).

En consecuencia, los desafíos que enfrentaría la clase política china en el mediano y largo plazo surgen relacionados a tres situaciones de riesgo que condicionarían en el futuro inmediato el escenario de estabilidad interno: I) la declinante facultad del gobierno para canalizar eficientemente recursos financieros, particularmente hacia las áreas rurales, a través de una cadena de mando erosionada por la corrupción endémica; II) la dificultad del PCCh para mantener la vitalidad ideológica a nivel local ante la pérdida de legitimidad de sus cuadros, y III) la relativa incapacidad de controlar el creciente desempleo urbano y rural. De los tres factores, el primero será

para la sociedad china, el determinante del curso político y económico del país en las próximas décadas.

### ***5.2. La perspectiva global: los cambios en el sistema internacional y el autoasignado rol de China***

Es probable que China emerja como un poder de indiscutida primacía en Asia en el siglo XXI, con renovadas fortaleza política, económica y militar, aun cuando el escenario interno presente desafíos todavía por ser develados respecto a su integridad territorial y orden social. En la determinación de su comportamiento externo subyace el deseo de construir un "mundo multipolar y más igualitario" como expresión resultante de la histórica propensión china de extender la validez universal de su propia matriz de comprensión interna al orden "exterior". Para China dos planteos son funcionales a la futura legitimación de su rol como poder regional con ansias de influencia global. El primero es el referido al fin de la era de los liderazgos hegemónicos y unilaterales<sup>3</sup>, cuya consecuencia deseada es la construcción de un nuevo orden mundial "oligopólico" reproduciendo en la práctica el fin de la "ilusión unipolar".<sup>4</sup>

En el orden táctico, China adhiere a una concepción del orden mundial en términos de los que Stanley Hoffman es un "estado de moderación entre los actores"<sup>5</sup> (no identificando este orden mundial con el triunfo universal de una ideología política) que le posibilite "construir poder" y tornar viable la coexistencia y cooperación internacionales. China no desea que prime la imagen de que será un superpoder, ya que esta situación sólo favorecería el fortalecimiento del poder militar japonés, coreano, ruso y el de las naciones de la ASEAN, pero sí aspira ser protagonista del diseño de una nueva configuración del sistema internacional.

Estratégicamente, sin embargo, China persistiría en basar su comprensión del sistema en una "visión del orden mundial" producto de la configuración de fuerzas que surgen, se desarrollan y desaparecen como parte de un continuo proceso de cambio histórico apoyado en los atributos materiales de poder antes que en instituciones o ideas, lo cual no implica renunciar a una progresiva adhesión a instrumentos internacionales que definen regímenes diversos, por ejemplo en el campo de los derechos humanos, la no proliferación de armas, el control nuclear, la libertad de comercio, etc. En consecuencia, China asumiría un rol en el que sus capacidades fueran aplicadas a "organizar el conflicto" antes que mantener la paz como estado ideal del sistema.

Es pertinente considerar que, el sistema de creencias que guían la acción de un "Estado-Civilización" como China, implica "ver al mundo" a través de la impronta provista por una dimensión histórica que entiende los cambios como extensos procesos de mutación política, económica y social. Una China que resultará cada vez mas necesaria para los Estados Unidos en función de cooperar en la estabilización,



prevención o eliminación de los conflictos regionales<sup>6</sup> otorga renovado impulso a la construcción de una base de poder cualitativamente distinta en el próximo siglo.

Asumiendo que no se comportará como un actor disruptivo del sistema internacional, confía en que la ganancia de poder que obtendrá en las próximas décadas le otorgará legitimidad para proteger y extender su influencia en particular sobre las naciones en desarrollo. China interpreta que la “situación de seguridad” a la que aspira, no contempla la ganancia territorial, la intervención directa o la punición militar sino focalizada y acotada, por lo tanto más allá de su lenta sujeción a normas y regímenes internacionales, su evolución la tornará un “actor previsible” que otorgará estabilidad al sistema antes que inestabilidad. Aun en este contexto, la sujeción de China a un nuevo orden global de relaciones se verá condicionada por su compromiso con el principio de “soberanía absoluta y rechazo al concepto de “divisibilidad” de la misma.<sup>7</sup>

Los compromisos que asumiría China en el sostenimiento de la paz y estabilidad en Asia podrían verificarse en las primeras décadas del siglo como resultado de los cambios generacionales producidos en el seno de su dirigencia política, la cual, si bien privilegiará las concepciones modernizantes de la política por sobre los determinantes ortodoxos del marxismo-leninismo, difícilmente renuncie a ser “dialéctica” en su interpretación del orden mundial, rasgo propio de la cultura y tradición política de China profundamente enraizado.

En síntesis, los desafíos para el sistema internacional del siglo XXI provendrían de una China que, en el proceso de búsqueda de un lugar e identidad como poder, ejerza un tipo de “hegemonía benévola” con ansias de protagonismo global, reafirmando que priman en la construcción de su base de poder objetivos de ganancia de prestigio internacional que sirven para relegitimar el rol dirigente del PCCh, el cual persigue – no escapando a los determinantes del “nacionalismo histórico chino” – claros objetivos orientados a devolver a China el *status* de “gran poder” que poseyera un siglo atrás.

### ***5.3. La evolución futura de China: los determinantes internos de la política exterior***

En mi opinión, serán en el largo plazo los *constraints* internos antes que los *restraints* externos los que operarán sobre la previsibilidad del comportamiento de China, demostrando la creciente interrelación existente entre política interna y exterior presente en la diplomacia china desde comienzos de la década del setenta. El orden interno inestable, históricamente sometido a tensiones centrífugas, la relativa licuación del poder hegemónico del PCCh, las tensiones étnicas no acalladas ( el separatismo étnico es uno de los principales desafíos para la clase política china) y la creciente dependencia externa de insumos estratégicos esenciales para sostener su desarrollo económico<sup>8</sup>, tornan imprescindible para China un ambiente externo de

paz y estabilidad, por lo que su alteración solo podría reportarle mayores costos que beneficios.

En la economía, una ardua disputa sobre la importancia de la propiedad continúa. Los más ortodoxos adhieren a la creencia que la propiedad estatal de las grandes empresas es necesaria si van a ser dirigidas en beneficio de la sociedad y que la mayoría de las empresas estatales pueden ser eficientes sin ser cedidas al sector privado. Sus críticos, en cambio, argumentan que el Estado debiera ejercer un mayor protagonismo como regulador pero ceder espacio a la participación del capital privado.

Las experiencias de Corea del Sur y particularmente Taiwán muestran que mientras el liderazgo se adapta siguiendo las tendencias, las presiones sociales pueden ser canalizadas de modo que terminen fortaleciendo la base política del régimen. Sin embargo, si éste no contempla los nuevos intereses sectoriales y la multiplicidad de nuevos actores intervinientes incorporándolos al proceso de decisiones públicas podría perder el control sobre el proceso, lo cual en el contexto de la rigidez del sistema político derivaría en la ruptura del orden interno y el caos social. La esperanza de una China más pluralista atendería así a la posibilidad de reducir los riesgos de un escenario de conflicto, por medio del procesamiento de las nuevas demandas sociales de manera pacífica. Los obstáculos como el aparente estancamiento de las reformas políticas y económicas no están disgregando el país, pero sí causan tensiones sociales como consecuencia de la ampliación de la brecha entre ricos y pobres ocasionando violencia social, incremento de la criminalidad y tensiones producto de la extensión de la corrupción en la estructura del partido Gobernante.

La necesidad de crear millones de nuevos puestos de trabajo para compensar el desempleo urbano, rural y la incorporación de jóvenes al mercado laboral en un contexto de desaceleración económica, atentaría también contra la estabilidad interna de China. Por otra parte, las diferencias entre provincias pobres y ricas se han extendido en un rango que amplía la brecha desde la década del ochenta (ejemplo es la diferencia de ingresos que se refleja en las cifras: US\$ 280 para las áreas menos desarrolladas frente a los US\$ 3.500 para los residentes de la ciudad de Shanghai, siendo el promedio del país de US\$ 750). En el largo plazo, si el proceso no se detuviera, o la ineficiencia y corrupción hicieran incapaz de recrear la legitimidad del partido en la sociedad, el proceso político podría derivar en una situación prerrevolucionaria donde los descontentos locales se coaligaron con sectores urbanos quebrando la estabilidad interna.

#### ***5.4. Estados Unidos y la R.P. China: los dilemas de la incomprensión***

En el plano de las ideas la puja entre los Estados Unidos y China se plantea como el conflicto entre dos "visiones morales" de la política internacional divergentes,



aun cuando la convergencia de intereses estratégicos - por el momento - parece superar las diferencias.

China percibe la probable evolución de la situación a nivel regional bajo el prisma que determina su "visión realista" del poder mundial. El problema de Taiwán será el más importante de la agenda bilateral entre los EE.UU y China, existiendo coincidencias respecto de que en el mediano plazo las relaciones bilaterales se verán afectadas por la presión que China ejercerá sobre Taiwán alentando las perspectivas de un escenario de relaciones bilaterales EE.UU-China en franco deterioro.<sup>9</sup>

Los EE.UU resaltan su preocupación ante el dilema militar y de seguridad que China impone. No todos los comandantes militares chinos tienen total control sobre sus unidades, especialmente las que actuarán en el sur del país (en caso de conflicto la línea militar Guangdong-Shanghai muestra generales más liberales y menos proclives a la línea ortodoxa partidaria), la corrupción rompe la línea de mando así como los negocios personales han minado la verticalidad del ejército. Además suelen surgir intereses enfrentados que afectan la cadena de mando entre las autoridades militares centrales y los comandantes locales. Otro tema de particular atención para EE.UU es que, a pesar de existir acuerdos de limitación de producción de armamentos en Asia, China continúa fortaleciendo sus capacidades nucleares, el aparato militar y los sistemas de defensa misilísticos, especialmente en las provincias centrales y del oeste: Xingjiang, Tibet, Gansu, Mongolia Interior y Sichuan.<sup>10</sup> El presupuesto militar chino crece al 10% anual, en parte como resultado de las concesiones que la actual dirigencia política efectuó al poder militar a cambio del abandono de las empresas bajo su control, la reducción de su participación en negocios, el combate contra la corrupción de sus miembros y el sometimiento a las decisiones sobre reducción de efectivos y racionalización del gasto.

China, por su parte, observa con desconfianza los intentos estadounidense de incorporar a Japón a la matriz defensiva de Taiwán, posibilitando el fortalecimiento de sus capacidades militares. Sobre el particular, la ocupación de las Islas Senkaku por Japón en 1996 - aun cuando fue considerado un "acto privado" - fue interpretado por China como una medida orientada a controlar un archipiélago-arco que por su posición geográfica: I) ofrece una alternativa a las tropas americanas que podrían ser desplazadas de Okinawa, II) eventualmente serviría para el despliegue de tropas utilizadas en la defensa de Taiwán en caso de agresión exterior, III) ante los objetivos de expansión de la jurisdicción marítima de China continental en los mares del sur y la proyección de su poder naval, las islas posibilitarían controlar los movimientos de la flota china, y IV) garantizarían al Japón la libre circulación marítima al controlar las rutas de abastecimiento de materias primas esenciales para su supervivencia económica. Desde esta perspectiva, China asume que la posición de fuerzas japonesas en el archipiélago y la presencia de tropas americanas en Okinawa forma

parte de un “arco militar de contención o barrera defensiva” natural que amenaza su seguridad.

Quienes abonan la tesis de una China como “poder constructor” de orden cooperativo observan que no ha sostenido conflictos militares fuera de sus fronteras con fines de dominio colonial, pero sí para sostener su presencia comercial basada en “relaciones políticas flexibles”. No se verifica históricamente la extensión del dominio territorial chino a expensas de vecinos en etapas recientes, por lo tanto es altamente improbable que invada u ocupe militarmente países vecinos aun cuando en el marco de campañas punitivas intente “restaurar el orden subregional” o marcar sus niveles de poder mediante acciones militares de baja intensidad. La conquista del territorio chino finalizó prácticamente en el siglo III de nuestra era y la administración de tan vasto espacio es compleja, por lo tanto para China lo esencial es “la conservación de su espacio geográfico” y no su expansión. La Guerra de Corea, la campaña del Ejército Popular de Liberación (EPL) en la India, el choque fronterizo con Vietnam y los movimientos militares en la frontera con la ex URSS, señalan la preeminencia de una estrategia que, fundamentalmente, sirva para utilizar el poderío militar para restaurar el orden perdido; principio cuya traducción en la doctrina militar de China se expresa en su política de “seguridad defensiva” y no ofensiva.

### ***5.5. El resurgir del nacionalismo: la necesidad de una nueva ideología***

Como se ha expresado, China sufrió la extraordinaria expansión imperial de las potencias europeas desde mediados de siglo XIX, y su reacción no fue muy diferente a la experimentada por otras sociedades sometidas a dominio. Este proceso puede ser esquematizado en tres fases de desarrollo: I) una primera fase “tradicionalista” durante la cual los intelectuales chinos reafirmaron la superioridad de los principios morales y políticos nacionales sobre los extranjeros (bárbaros), aun reconociendo el valor de ciertas técnicas occidentales con fines puramente utilitarios, II) una segunda fase “de absorción plena”; al comprobar la trágica impotencia de la sociedad tradicional en poder emplear de manera eficaz las técnicas occidentales o de resistir su presión, llegaron a proponer el reemplazo de las ideas y costumbres chinas por las occidentales y, III) una tercera fase – que continúa la de occidentalización radical – caracterizada por la emergencia del “nacionalismo revolucionario”, el cual planteó la necesidad de apropiarse de ciertos elementos esenciales de la civilización europea, pero en el contexto político de una transformación radical de la sociedad con el fin central de poder enfrentar a Occidente. La experiencia histórica de más de un siglo refleja la permanencia de las imágenes del “nacionalismo revolucionario” alentadas por décadas de hostilidad ideológica con Occidente, pero que, no obstante, ha permitido que la fase “adaptativa” se impusiera al resto de las tendencias abriendo espacios para el cambio.



Al respecto, el argumento central expresa que la civilización china poseía dos atributos que la preparaban mejor para adaptarse al mundo moderno; en primer lugar, un “sentido de la historia” y, en segundo término, una tradición filosófica -el Confucionismo-, orientada ante todo a la resolución de problemas políticos y morales antes que hacia la especulación metafísica. Respecto a la primera característica, Gellner plantea que, incluso, la existencia de la burocracia china permite hablar de cierto tipo de “nacionalismo preindustrial” acentuando los rasgos culturales favorables para la concreción de un proceso de modernización-adaptación a nuevas formas de organización socio-políticas.<sup>11</sup> Desde esta perspectiva, la aparentemente rígida escuela de pensamiento político Confuciana no constituiría un obstáculo para la modernización político-institucional sino, por el contrario, aportaría una base ideológica para el cambio político fundado en su sistema propositivo de ideas sobre el mérito como instrumento de selección de los líderes, la moral del gobernante, la definición de una ética pública y la correspondencia entre legitimidad del poder político y satisfacción de las expectativas sociales. En este sentido, serviría para reafirmar esta posición la corroboración empírica de las “modernas” formas políticas que adoptó el Confucianismo y el éxito alcanzado por países como Japón (tanto antes como después de la Segunda Guerra Mundial), Corea, Singapur y Taiwán, todos regímenes con fuerte impronta confuciana y que han podido desarrollarse económicamente y reformar sus instituciones políticas.

Por otra parte, China (como Japón y Corea) es uno de los pocos Estados en el mundo cuya población es homogénea, lo cual generaría una básica identificación entre Estado y etnia calificada por E. Hobsbawn de «protonacionalismo», aplicado al proceso de construcción de una imagen como comunidad. Sin embargo, la necesidad de sortear el sentido de pertenencia que la tradición confuciana imponía en primer término hacia la familia o el clan en desmedro de la ciudadanía, clase o espíritu nacional, debía ser superado mediante la construcción de un sistema de relaciones con la autoridad política basada en la continuidad y la estabilidad del monarca: «*the fundamental nature of social obligation has been one of China's major obstacles to developing a sense of citizenship. Chinese see themselves more as a part of specific webs of relations than as common members of a single nation*».<sup>12</sup> Esta característica era vista tanto por Sun Yat Sen y Mao Zedong como uno de los grandes obstáculos inhibidores del cambio en la sociedad china, pues impedía el esfuerzo conjunto necesario para galvanizar el pueblo en una acción efectiva.

En síntesis, las reformas han abierto un período de intensas discusiones que recrean los debates sobre la naturaleza y función del “nacionalismo chino”, que encubren en realidad el cese de operación del “comunismo” como ideología unificante y el posible resurgimiento del nacionalismo o de variantes “*aggiornadas*” del Confucianismo como proveedor de un sentido de orden en su reemplazo. Desde esta perspectiva, la pendular adhesión al “nacionalismo” por parte de la dirigencia

china podría ser percibida desde dos puntos de vista esenciales. En primer lugar, como el permanente deseo de construir la nación de acuerdo al modelo de "comunidad imaginada" de Hobsbawn, asumido como un permanente e inconcluso proceso a lo largo de siglos, o bien como el sustrato ideológico que, unido a la tradición confuciana, provea la "ideología" de recambio que el régimen necesita para mutar del *corsé* ideológico provisto por el marxismo-leninismo-maoísmo, superado por la lógica del cambio histórico, hacia un patrón de certidumbre basado en la tradición política china permeable a la incorporación de nuevas ideas que permitan alentar reformas democráticas en el largo plazo.

### 5.6. ¿La construcción de una democracia?

En China, el poder reside en los individuos y no en las instituciones. En consecuencia, la transición hacia formas políticas más abiertas será dificultosa pero no imposible, lejos - no obstante - del tipo-ideal occidental y en donde las lecciones del pasado serán determinantes para la definición del curso del proceso de transición. Transición que China reconoce, contrariamente a lo supuesto por la *mass media* occidental, deberá ser sincrónico con su ascenso como poder al reconocer que la construcción de un sistema político más abierto y participativo es una "falla histórica" que durante el siglo XIX sumió al Imperio en su crisis terminal y que la dirigencia política hoy en el poder no desea repetir, pero para cuya concreción reclama una "administración" en *tempus* chino. Hasta el presente, el modelo de "nueva autoridad" esperado para China contempla como determinante un sistema que destaque la figura del "dirigente ilustrado" (es decir aquel que crea condiciones generales para el orden) y en el que la «disidencia intelectual» (una aristocracia del conocimiento) sea su límite y no la estructura política.

En este marco, la dinámica de la apertura política es lenta pero progresiva y de largo plazo. La economía de mercado abrió nuevos grados de libertad social y económica que favorece la movilidad social, horizontal y vertical, generó una nueva burguesía ligada a la industria en las áreas costeras y una clase media urbana con deseos de participación política. La atomización del poder obrero ha posibilitado el surgimiento de instancias de representación en diversas provincias que rompen el monopolio estatal de sindicalización obligatoria. La protesta social emergente es un dato de la realidad del medio rural en China, que ha erosionado el ejercicio discrecional del poder por parte de los líderes locales y el ejercicio - si bien limitado - de la libertad de culto permite canalizar socialmente la angustia por el acelerado cambio económico.

Un nivel de comprensión mayor obliga a incorporar a los actores provinciales en la dinámica de definición de políticas de alcance nacional. El poderío relativo de los actores locales (ciudades, municipios, villas, etc.) han transformado al poder legislativo -otrora una simple instancia inerte de refrendamiento de decisiones



partidarias – en un ámbito de negociación, discusión, expresión de intereses divergentes y, fundamentalmente, un espacio para la construcción de un orden legal ausente en China que proteja los derechos de los individuos, las empresas (nacionales y extranjeras) y las organizaciones sociales. En este sentido, las tendencias señalarían una mayor cesión por parte de la tradición Confuciana – moralista y no pragmática de acuerdo a sus enconados críticos - a favor de una visión “legalista”, que refuerce la idea de contrato social en donde la sujeción del comportamiento colectivo no devenga sino del ajuste de la conducta a la ley, impersonal y equitativamente aplicada a todos los individuos sean gobernantes o gobernados.

En un esfuerzo por revitalizar la capacidad administrativa central desde mediados de la década del ochenta, China introdujo elecciones competitivas en los niveles locales con el objeto de que en aldeas, poblados, cantones y pequeñas ciudades los residentes adquirieran la capacidad de elegir a sus administradores. De esta forma, los líderes chinos han puesto en movimiento fuerzas que en décadas pueden crear cambios profundos. Recientemente, la experiencia del Kuomintang (KMT) en Taiwán, originariamente un partido leninista como el PCCh, mostró que tales presiones pueden tornarse compatibles con un excepcional crecimiento económico en el que el Partido retenga el poder fundado en la legitimidad de una gestión del orden político y económico considerada socialmente eficaz. Aun así, desde la óptica Occidental los abusos a los derechos humanos continúan existiendo. Un amplio número de disidentes permanece en prisión, y no se avizora una era en la que el PCCh tolere un desafío organizado a su hegemonía política y la libre competencia partidaria por el poder del Estado.

En síntesis, China se mantiene bajo un régimen autoritario, sin embargo, las mejoras en la libertad de expresión, información, movimiento, y ocupación alientan un escenario a futuro de cambio gradual hacia el ejercicio de mayores libertades públicas.

## 6. Conclusiones

Es posible especular que en el mediano plazo resultará muy difícil para los jóvenes políticos y nuevas generaciones de oficiales y miembros del ejército permanecer en el poder renunciando a patrones de conflicto con el exterior que no contemplen la recreación del “sentimiento nacional” como instrumento para la autoafirmación de su liderazgo y del cual derive – por ejemplo - un patrón de confrontación con los Estados Unidos como un subproducto lógico y demostrativo de la reacción atávica que en la dirigencia china genera la idea de “hegemonía” ( y más aún si es americana) antes que la misma identidad del hegemón.

Otro de los elementos históricos a considerar en la definición de escenarios futuros y el rol que China ejercerá en el sistema internacional es el relativo a los

desincentivos para cambiar las reglas del juego. Una China que se asuma con debilidades estructurales (pobreza, subdesarrollo, superpoblación, tensiones nacionalistas, etc.) y su sujeción a un estado de "dependencia estratégica", respecto de insumos esenciales para sustentar su desarrollo tendencialmente autónomo, disuadiría a China de romper el *status quo* internacional.

Es también probable que China asuma posiciones de liderazgo que se traduzcan en presiones por captar la «representatividad» de los intereses de las economías en desarrollo, utilizando sus recursos de poder político en primer lugar y su influencia económica en segundo término. La definición de un curso de acción internacional "militante" a favor de los países en vías de desarrollo se observará en la praxis de aquellos principios que ha definido como rectores en su política exterior durante las próximas décadas y que responden a su tradición política: I) la defensa del principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados, II) la lucha contra la pobreza y marginalidad creciente en el mundo, III) la eliminación de las diferencias entre las naciones ricas y pobres, IV) el derecho a la "diversidad" de las naciones, y V) la promoción de un "nuevo orden económico internacional" el cual debería contemplar la erradicación de la pobreza, el analfabetismo, y la eliminación de las injusticias sociales. Como consecuencia de lo expresado, ampliar los mecanismos de cooperación sur-sur continuará siendo un curso de acción relevante para China.

Si bien considerar a China como un "polo de poder" no implicaría el ejercicio de un rol como actor promotor de "la polarización de poder en Asia y el mundo", el comportamiento que en el largo plazo observe definirá el frágil equilibrio político y militar regional con evidente impacto sobre el orden global.

En conclusión, enfatizar el análisis sobre los determinantes del comportamiento interno y externo de China y los interrogantes que impone al orden mundial puede brindarnos claves sobre el futuro del sistema internacional del siglo XXI y los desafíos a los que se verá sometido ante el resurgimiento de una potencia económica, política y militar en busca de recrear un pasado glorioso.

### Notas

- 1 Sobre las posibilidades de China de sostener un modelo de acelerado crecimiento económico con bajos niveles de inflación ver: *China, una vía para el desarrollo económico 1991-2010*, Li Jingwen, Centro de Estudios Cuantitativos del Consejo de Estado de la R.P.China, Beijing Language Press, 1994.
- 2 Las características y niveles de profundidad que adopta la creciente interdependencia existente entre las tres economías de la ZEC son desarrolladas con recisión en: *China, Hong Kong, Taiwán, Inc.*, Willem Van Kemenade, Alfred A. Knoff Edit., New York, 1997.
- 3 De acuerdo a la definición de Henry Kissinger en *Un Mundo Restaurado*, una "potencia revolucionaria" similar a la Francia napoleónica de comienzos del



siglo XIX es aquella cuya situación de seguridad no satisface sus intereses considerados vitales, por lo tanto manifiesta una permanente propensión a la ruptura del orden de poder establecido.

- 4 Sin la participación de China ninguno de los conflictos mas sensitivos pendientes de resolver en Asia podrán superarse.
- 5 Ver al respecto: *China's plan for Japan*, en "The coming conflict with China", Richard Bernstein and Robert Munro, Vintage Books, Cap. 7.
- 6 John K. Fairbank, *China, a new history*, 1992, p. 266.
- 7 Agricultura, Industria, Ciencia y tecnología y Defensa.
- 8 Taiwán es el segundo inversor externo en el Continente luego de Hong Kong con el 9% de la IED. En su mayoría las empresas taiwanesas están localizadas en la provincia de Fujian (sur este del país) en razón de la cercanía geográfica (sólo 140 Km. separan dicha provincia de la isla de Taiwán), la identidad idiomática existente (similar dialecto) y la política preferencial con que se han visto beneficiadas a partir de 1984.
- 9 La represión del movimiento estudiantil en 1989 impuso una "lectura pragmática" a los líderes del movimiento respecto de la necesidad de mayor tiempo para generar un cambio político verdadero.
- 10 De acuerdo al enfoque que desde la "interdependencia compleja" y la división del poder mundial en áreas temáticas plantean Joseph Nye y R.Keohane, en *Power and interdependence, world politics in transition*, Harvard University Press, Boston, 1977.
- 11 Ver : *The unipolar illusion, why new great powers will rise?*, C. Lyne, en *International Security*, Vol.17, No.4, Spring 1993, Pàgs. 5 y sstes.
- 12 En: *Primacy of world order, American Foreign Policy since Cold War*, Stanley Hoffman, Mc. Graw Hill, New York 1978.
- 13 Ejemplos concretos son la "función mediadora" que China cumple en la Península Coreana, el Sudeste Asiático a través de su participación en el ARF, e incluso la "función estabilizadora" que durante la crisis financiera en Asia ha desempeñado sosteniendo la paridad de su moneda (Yuan) frente al dólar estadounidense.
- 14 Específicamente aplicado a Taiwán.
- 15 En particular petróleo, gas y alimentos.
- 16 El reciente resultado en las elecciones presidenciales en Taiwán en las que triunfó el Partido Demócrata Progresista (DPP) agrega un nuevo elemento de incertidumbre a las complejas relaciones USA-China.
- 17 Ver al respecto: *China and the Asia Pacific*, en "*The international politics of the Asia Pacific, 1945-1995*", Michael Yahuda, Oxford University Press, 1996.
- 18 Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, p. 31.
- 19 Kennet Lieberthal, *Rethinking China*, 1996.